

Nota crítica

**Entretejiendo consensos: reflexiones
sobre la dimensión social de la identidad
de género de la mujer¹**

Alejandro Cervantes Carson

a Barbara que me constituyó;
a Shannon que me confirmó.

All oppressive control is violent
because it attempts to erase
selves that we are that are
dangerous to the maintenance of
domination over us.

María C. Lugones

EN LA HISTORIA DEL PENSAMIENTO SOCIAL, identidad y género son ideas que a pesar de haber prevalecido por periodos prolongados han estado carentes de grandes aspavientos y sin que en realidad se haya advertido u

¹ La estructura central de este artículo se desprende de mi participación en el seminario sobre "Temas actuales en diferenciación social" (primavera de 1992), dirigido por Orlandina de Oliveira. A ella le agradezco su constante estímulo y sus certeros comentarios, sin los cuales este trabajo no hubiera sido posible; a mis compañeros su paciencia e interés. Asimismo, del Ateneo (verano de 1992) encabezado por Harley Browning, Paulo Saad y David Spener apoyaron la línea de pensamiento; Norma Meichtry y René Zenteno me ofrecieron señalamientos puntuales y los demás miembros le dedicaron tiempo a su lectura. La versión final de este trabajo se benefició de las recomendaciones bibliográficas, así como de la actitud crítica y propositiva de Rodolfo Tuirán. La responsabilidad última sobre su contenido es de quien escribe.

observado su presencia y fortaleza conceptual. En los últimos cinco lustros, sin embargo, hemos sido espectadores de una multitud de movimientos, que no obstante provienen de distintas esferas sociales y con diferentes directrices políticas, han propiciado la necesidad de una profunda reconsideración acerca de sus contenidos y sus usos en el discurso científico, institucional y cotidiano. En el orden de lo teórico ello ha significado una radical reconceptualización. Género e identidad, identidad y género, identidad de género.

Como actores sociales y como sujetos cognoscentes, no presenciarnos el nacimiento de esos conceptos, sino que el privilegio histórico que nos ha tocado vivir es participar como testigos de su resignificación total.

En este trabajo pretendo explorar la dimensión social, y en sentido sociológico, de la estructuración y renovación de la identidad de género de la mujer.

La investigación que fundamenta el presente artículo se elaboró sobre tres vectores conceptuales y dimensiones analíticas:

a) La pertinencia. Entendida como un proceso mediante el cual los individuos se identifican entre sí y con la acción de los otros.

b) La desigualdad. Concebida como la organización social que forma la estructura de opciones donde los individuos ejercen sus voluntades.

c) La diversidad. Que en el nivel de la unicidad nos permite entender la perpetua tensión entre voluntad y constreñimiento.

La construcción de la identidad, entonces, pasa por cada una de estas dimensiones y su resultado final es producto de la intervención específica de cada una de ellas. Debe señalarse, sin embargo, que el proceso no es progresivo ni exclusivo; no es que se transite de la dimensión de la pertinencia a la de la desigualdad y, de ahí, a la de la diversidad. Se entiende que son los tres vectores y las tres dimensiones que actúan en un mismo tiempo y espacio social (históricamente reconocible), produciendo a través de un proceso lleno de contradicciones, tensiones y conflictos, la identidad del sujeto.

Por lo que respecta a la exposición, he decidido organizarla como una historia social de las ideas, es decir, asumiendo la existencia de un proceso donde el discurso se desarrolló y maduró a través de grandes descubrimientos y desmitificaciones. No es entonces una reconstrucción historiográfica de la investigación de la condición social de la mujer, sino una manera de dar secuencia a las contribuciones de diferentes estudios para entender cómo han confluído en una sociología de la identidad de género.

El término consenso está incorporado en el sentido de la argumentación de Habermas cuando establece una crítica frontal a la razón positivista

en el quehacer científico y en la creación de criterios de verdad.² Utilizo el concepto para distinguir grandes momentos en la formación del conocimiento y para identificar algunas de sus transiciones centrales. Alude a la posibilidad y a la consecuencia de una serie de acuerdos racionales fundamentales para el área de estudio. Debe entenderse no como un producto terminado sino algo en infatigable desarrollo y transformación. Asimismo, no estoy suponiendo la existencia de armonía, concordia y consenso, todo lo contrario, intento rescatar no sólo la idea de un proceso en devenir, sino incluso la de un proceso en devenir que ocurre en y es, a la vez, producto de fricciones, divergencias, debates, oposiciones, confrontaciones y conflictos. Así, consenso no es un acuerdo forzado o artificial, es un conjunto articulado de ideas mínimas sobre las cuales es posible discutir o, si se prefiere, sin las cuales sería imposible discutir. Finalmente, detrás de la idea de consenso está, por supuesto, la de legitimidad: un tema que es discutido requiere, necesariamente, de un mínimo de legitimidad entre las comunidades académicas que lo estudian. Desde este sitio, aquélla no es otra cosa que la posibilidad de darle existencia cognoscitiva a una temática, a un objeto de estudio, a una perspectiva analítica, a una manera de leer la realidad.

Dicho lo anterior, es fácil entender que aunque la historia social de las ideas, como forma de exposición, me empuje a cometer algunas arbitrariedades en el plano temporal, tiene la virtud de permitirme combinar distintos hallazgos de diferentes investigaciones bajo la perspectiva de sus contribuciones específicas al tema. En este último sentido, este trabajo, a la vez que realiza un entretrejo de consensos, se monta sobre la plataforma resultante para desde ahí formular su propuesta central.

Primer consenso emergente

Las mujeres comparten una situación opresiva en la sociedad. Se manifiesta en todos los planos de la vida, pero sus formas y mecanismos varían de acuerdo con la particular esfera social en la cual se observa (estatal, institucional, laboral, educativa, doméstica, afectiva, sexual).

Diversos son los estudios que han intentado rastrear los orígenes del feminismo hacia principios del presente siglo, en el XIX o incluso en siglos anteriores. Inspirados por la necesidad de encontrar viejas precursoras, han descubierto personalidades con biografías fascinantes como la de Margaret Sanger y la lucha que estableció en favor de la libertad

² Una exposición completa de los argumentos de Habermas y del centro del debate puede encontrarse en D. Polkinghorne (1983), especialmente el séptimo capítulo.

reproductiva, a través de la legalización y difusión del uso de métodos anticonceptivos en Estados Unidos; como la de Charlotte Perkins Gilman que desde su posición de escritora y periodista desarrolló una aguda y explosiva crítica social de las formas tradicionales de organización y división sexual de las labores domésticas y del cuidado infantil, o como la de Mary Wollstonecraft que escribió importantes textos sobre los derechos civiles, políticos y sociales de la mujer hace ya más de cien años en Inglaterra (Klein, 1984; Hole, y Levine, 1984; Delmar, 1986; Tong, 1989).³ Asimismo, se ha sugerido que grupos como el de Las Preciosas, en la Francia de hace varios siglos, fueron importantes agentes disruptores del orden ideológico por negarse a ser madres y, en cambio, establecer su vida como "libres pensadoras" (Badinter, 1981).

Sin la intención de criticar ni menospreciar la importancia de esos esfuerzos de reconstrucción historiográfica me gustaría, sin embargo, establecer dos grandes diferencias entre aquellas acciones o movimientos sociales ocurridos en otros siglos y lo sucedido en la sexta y séptima década del siglo que vivimos.

La primera tiene que ver con la difusión y permanencia. De los movimientos señalados, en los países llamados occidentales, que anteceden al de los años setenta, es el de los derechos civiles de la mujer el más importante, en particular el derecho a votar. Su impacto no sólo se refleja en la concreta obtención del derecho a participar en las elecciones de los representantes políticos, sino también en la propia constitución político-legal del ciudadano(a) como sujeto social. De esta forma, en los países con democracias representativas (o formales) las mujeres obtendrían igualdad de derechos frente al Estado. Una vez incorporada la mujer como sujeto civil y político dentro de los textos que constituían y regulaban la gestión del Estado en los países centrales, con mayores o menores restricciones, el modelo fue adoptado en el resto de las democracias occidentales. De las luchas, movilizaciones y logros políticos de un grupo de mujeres se beneficiaron todas las mujeres de esos países y de muchos otros. Pero con la inclusión de la igualdad de derechos en el Estado se daba, a la vez, la desmovilización de esos movimientos: obtenido el reconocimiento legal por medio del estatuto de ciudadanía, quedaba sellada la victoria política.

En contraste, el movimiento que nace hacia finales de los sesenta y que tiene, probablemente, su momento culminante en los setenta está

³ En su análisis sobre las convenciones históricas, Rosalind Delmar revisa propuestas de diferentes autores sobre los orígenes políticos del movimiento feminista. Rosemarie Tong, por su parte, lo hace desde la perspectiva de una recapitulación histórica del pensamiento feminista.

constituido por una enorme diversidad de grupos organizados y espontáneos, o no tan organizados, con una multiplicidad de matices que van desde las reivindicaciones específicas hasta aquellos que consignan como objetivo último la liberación de la mujer. La amplitud de la agenda política refleja, a su vez, la amplitud del movimiento, en el sentido de inclusividad de demandas y necesidades (Freeman, 1984; Mitchell, 1986; Nicholson, 1986).

Adicionalmente, me parece importante enfatizar que paralelo a las diferentes acciones políticas y sociales que ocurrieron durante este periodo, se desarrolló todo un discurso teórico que se diferenciaba claramente de otras perspectivas de análisis y que con el paso del tiempo y la abundante bibliografía que ha sido producida, hoy por hoy, se ha constituido en una manera no sólo de hacer investigación dentro de las ciencias sociales, sino de contender de manera abierta y frontal los paradigmas del propio quehacer científico (Sayers, 1986; Ferree y Hess, 1987; Saarinen, 1988).⁴ La politización feminista de las aulas, de los cafés, de los auditorios, de las universidades, de los espacios donde se escribe el discurso académico, no se centra en la simple incorporación de la dimensión de la diferencia sexual como categoría analítica, sino en la necesidad de reconocer que la visión del mundo y el pensamiento social han estado estructurados desde lo masculino, excluyendo lo femenino, de que es, en ese sentido androcéntrica y por ello debe ser criticada, disecada y sustituida (Nicholson, 1986; Fraser, 1989). No es la inclusión de una variable lo que se demanda, es la desconstrucción de la perspectiva y la reestructuración de un nuevo sistema de valores y paradigmas lo que se requiere.⁵

No iría tan lejos como lo hizo Shulamith Firestone al afirmar que "...el nuevo feminismo no es sólo el resurgimiento de un movimiento político serio que lucha por la equidad social. Es la segunda ola de la revolución más importante en la historia" (1970:15).⁶ Pero es claro, que

⁴ Siguiendo el análisis de Sandra Harding y Merrill B. Hintikka la autora propone una relectura de la investigación feminista no como un reto que comienza sino como un proceso de elaboración metodológica, epistemológica y filosófica ya en marcha. Uno de los interesantes argumentos del artículo (con el cual parece coincidir Nancy Fraser, 1989) es que las enormes demandas conceptuales del movimiento político-social, se convirtieron en una consecuencia positiva (no prevista) y dinamizadora de la crítica teórica y de la investigación social feminista.

⁵ Es prudente agregar que actualmente al interior del propio pensamiento feminista hay, sin duda, un debate candente entre feministas liberales, marxistas, radicales, socialistas, existencialistas y posmodernas, sobre la manera en cómo conducir tal empresa así como sus objetivos y alcances. A través del libro escrito por Rosemarie Tong (1989) se puede realizar un buen seguimiento y una relativamente buena recolección de los elementos fundamentales del debate y las posiciones de cada corriente.

⁶ La traducción es mía.

a pesar de la enorme diversidad de demandas y visiones que conformaron el movimiento y que aún prevalecen en el pensamiento feminista, el acuerdo general de que las mujeres viven sujetas a un sistema de discriminación por el hecho de pertenecer a su sexo; de que tienen necesidades específicas que permanecen negadas e insatisfechas y de que la satisfacción de esas necesidades requiere de profundos cambios en el orden de la subjetividad, de las relaciones interpersonales, de lo cultural, lo social, lo económico y lo político (Delmar, 1986), es lo que le dio al movimiento de los años sesenta y setenta su enorme difusión y su *actual permanencia*.

La segunda diferencia está relacionada con sus contenidos. Mientras que los movimientos intelectuales, artísticos, sociales y políticos de otros tiempos tenían como campo de lucha primordial lo estatal, lo público y lo civil, el de hace dos décadas (*y que continúa hasta nuestros días*) incorpora el terreno de lo "privado".⁷ La obtención de la igualdad de los derechos civiles frente al Estado nacional sólo resuelve parcialmente el problema y es claramente insuficiente para combatir la permanente discriminación social que vive la mujer. Sin negar la importancia del plano de las reivindicaciones públicas (lo jurídico, lo laboral, lo administrativo, lo institucional, etc.), lo "privado" adquiere una increíble relevancia como esfera específica sujeta a transformación. Es la familia, la organización doméstica, los vínculos afectivos, la sexualidad, hacia donde se dirigen las nuevas preocupaciones críticas. De esta manera, estos espacios adquieren una diferente dimensión social. Tal cambio queda sintetizado en la clásica frase que se convirtió en estandarte de la lucha feminista: lo personal es político.⁸

En gran medida, me parece que las ciencias sociales están en deuda con el feminismo. La repolitización de estas esferas de la sociedad motivaron a grandes plumas analíticas⁹ a revalorar estos espacios de lo do-

⁷ Comparto la evaluación crítica que Teresita de Barbieri (1991:221) hace de la dicotomía público/privado para el análisis de la relación entre los géneros, que de alguna manera responde propositivamente a la preocupación de muchos en el área, entre ellos: M. Rosaldo (1980), en donde realiza una autocrítica del uso que le dio en el ya clásico libro que editó junto con Louise Lamphere en 1974, *Women, Culture and Society*; L. Nicholson (1986); S. Yanagisako y J. Collier (1987); N. Fraser (1989) y del mismo Jürgen Habermas (1990) en su análisis de la recomposición de la relación entre las dos esferas ante el fenómeno de la colonización de la vida cotidiana por el sistema y la emergencia de nuevos movimientos sociales.

⁸ De acuerdo con Muriel Dimen (1986), la frase puede ser atribuida a Hanisch (1969:76-78).

⁹ Marta Lamas (1986) hace una extensa revisión de aquellos trabajos que contribuyeron a la conformación de lo que ella designa como la antropología feminista. Llama la

místico y de lo íntimo como lugares donde se ejercen poderes específicos y se reproducen diferentes planas de las relaciones sociales.¹⁰ Sin desvalorizar el peso de los grandes procesos y de las grandes estructuras sociales (en el sentido crítico de Charles Tilly, 1984), la atención se dirigió hacia los espacios “más pequeños”, hacia la “micro-lógica”, hacia las “relaciones sociales aprehensibles”, que en última instancia propiciaron la relativización de las determinaciones de lo macro-estructural al encontrar que en estos “pequeños espacios sociales” se reproducen constantemente todo tipo de relaciones sociales (De Barbieri, 1984; Nicholson, 1986; Fraser, 1989; Laslett y Brenner, 1989).¹¹

En términos de la evolución del pensamiento crítico de la condición del ser social de la mujer o del proceso global de toma de conciencia de la opresión a la cual está sujeta, la emergencia del feminismo como posición político-personal frente a la conducta y al comportamiento cotidiano, como movimiento social, como forma de pensamiento y como perspectiva analítica dentro de las ciencias sociales en las décadas de los sesenta y setenta, puede conceptualizarse como una serie de acontecimientos históricos que, eventualmente, propiciaron las condiciones necesarias para el nacimiento de un discurso que comenzó a nombrar y describir los fenómenos de manera diferente; de un discurso que asumido con extrema seriedad cognoscitiva se desarrolló y solidificó; finalmente, de un discurso que reconoce en la desarticulación de la ideología patriarcal y las prácticas sociales, psicológicas y afectivas que la acompañan, su objetivo político.

atención la fuerte presencia de estadounidenses y europeos en la lista bibliográfica, en contraste con la participación latinoamericana.

¹⁰ Si bien el análisis del vínculo entre lo biográfico y lo social, sobre el cual está sustentado el argumento teórico de lo personal como político, ya había sido señalado por C. Wright Mills en *La imaginación sociológica* (1959), y por Jean Paul Sartre en su libro *En búsqueda de un método* (1968), son las feministas las que, sin duda, lo convierten en un tema de primera relevancia. Podría incluso hipotetizarse que el trabajo de Michel Foucault fue influido, pero sobre todo encontró un fértil auditorio ávido de entender la “microfísica” del poder, gracias a la abundancia de material feminista de la época. El mismo razonamiento podría ser aplicado a la literatura producida por los llamados “antipsiquiatras”, tales como Cooper, Laing, Basaglia, Szasz, Deleuze, Guatari, que encontraron un público extremadamente sensibilizado sobre el tema de las consecuencias afectivas y psíquicas de las estructuras de la sociedad y las relaciones sociales.

¹¹ En particular la filosofía marxista desarrollada por la escuela de Budapest, fuertemente centrada en la figura de G. Luckács, desarrolló investigaciones que se ocuparon de la naturaleza y estos espacios. Destacan los trabajos de Agnes Heller y su preocupación por fundar una filosofía y sociología de la vida cotidiana. Del otro lado del Atlántico, la corriente fenomenológica en las ciencias sociales, hicieron lo suyo inspirados en los trabajos de Edmund Husserl y de Alfred Schutz.

Segundo consenso emergente: las desigualdades sociales entre el hombre y la mujer no están biológicamente determinadas sino socialmente construidas

El reconocimiento de las profundas diferencias entre procesos de carácter biológico y aquellos de carácter social, así como del tipo de relaciones entre esas dos grandes esferas de la historia de la humanidad, marcan el inicio de la desmitificación de una lógica natural de la desigualdad social basada en el sexo, la edad (Lamas, 1986; Yanagisako y Collier 1987) y otras características de este tipo tales como; raza, color de la piel, estatura, peso, fenotipo.

Los individuos no nacen biológicamente predeterminados a vivir un tipo de vinculación con los sistemas sociales, con la estructura de privilegios, con la distribución del poder y con las posibilidades de desarrollo social, afectiva, intelectual y psíquica, sino que son sus características biológicas las utilizadas como recurso ideológico para construir y justificar la desigualdad. Por lo tanto, no es en su constitución fisiológica donde encontramos las grandes respuestas a las grandes preguntas que explican por qué algunos sujetos son "naturalmente más aptos" que otros, sino es en el orden de lo social, de lo cultural, de lo ideológico, de lo simbólico, donde se hallan los "argumentos" de esta inequidad.

En palabras de Marcela Lagarde el problema puede describirse de la siguiente manera:

Hombre y mujer han sido siempre sexualmente diferentes. En un proceso complejo y largo, se separaron hasta llegar a desconocerse. Así se conformaron los géneros por la atribución de cualidades sociales y culturales diferentes para cada sexo, y por la especialidad y el confinamiento exclusivo del género femenino en la sexualidad concebida como naturaleza, frente al despliegue social atribuido al género masculino (1990:48).

Con la desnaturalización o desbiologización del argumento que justifica la desigualdad social basada en la pertenencia a un sexo (Stoller, 1968; Millett, 1970; Rubin, 1975), se genera el nacimiento de un concepto teórico y a la vez metodológico que partirá las aguas por su enorme fortaleza crítica y analítica; el concepto de *género* (Lamas, 1986; Hess y Ferree, 1987; Yanagisako y Collier 1987; Laslett y Brenner, 1989; Lagarde, 1990; Appiah, 1990).

Si bien la idea de género como criterio de agrupación o de diferenciación no es nueva, la manera en que comienza a ser incorporada y utilizada en psicología (clínica y social), en antropología y posteriormente

en sociología, logró propiciar un proceso dual de resignificación y de desarrollo.

Por un lado, sobre su capacidad para señalar la diferencia se construyen sus cualidades descriptivas y analíticas: no es sólo que por medio de ella se separe y se clasifique a los sujetos por las características fenotípico-sexuales que se reconocen visual y "naturalmente", sino lo novedoso es que permite reinterpretar la relación entre lo genético y lo adquirido, entre lo innato y lo aprendido, entre lo biológico y lo social, porque problematiza fundamentalmente la idea de estructuras "naturales" de los individuos y cuestiona la supremacía de la naturaleza sobre la cultura en la definición de lo que es masculino y lo que es femenino, de lo que es propio del hombre y de lo que es propio de la mujer.¹²

Que la diferencia biológica, cualquiera que ésta sea (anatómica, bioquímica, etc.) se interprete culturalmente como una diferencia sustantiva que marcará el destino de las personas, con una moral diferenciada para unos y para otras, es el problema político que subyace a toda la discusión académica sobre las diferencias entre el hombre y la mujer (Lamas, 1986:178).

Así, *género* se coloca exactamente en el centro nodal de la partición mundo natural/mundo social relativizando el obstinado, viejo y obsoleto conflicto entre las ciencias naturales y las ciencias sociales sobre el origen de las determinaciones últimas del sexo.

Por otro lado, sufre consecuentemente un proceso de maduración: pasa de ser una variable que reconoce y separa el comportamiento sexual en su expresión social a convertirse en un concepto que permite establecer relaciones entre los elementos que interactúan para generar la diferencia. Pero la etapa que le da su forma más acabada, es cuando se constituye en una perspectiva analítica, en un modelo de interpretación (Saarinen, 1988), en una forma de pensamiento que es capaz de reconocer lo sexual como un sistema de diferenciación social, como un sistema de distinción, como una estructura de prestigio (argumentarían Shelly B. Orther y Harriet Whitehead, 1981), *que coexiste* y se articula con otras estructuras de organización diferencial de los sujetos sociales. Desde la perspectiva teórica más desarrollada, el sistema genérico de una sociedad es una construcción social; su mundo es el mundo de las estructuras, los sistemas y las instituciones en interacción con lo mágico, lo religioso y lo simbólico, su componente biológico es, entonces, un re-

¹² Aunque con una posición singular dentro de las ciencias sociales, la sociobiología que, teórica y explicativamente, parece viajar en sentido inverso, también es afectada de manera significativa por las discusiones sobre la temática en el área.

ducto, un anclaje (por así adjetivarlo) de su dinámica social (Hess y Ferree, 1987).

Como la clase, el género constituye una de las dimensiones básicas de toda organización social. El género se refiere a relaciones variables social e históricamente construidas, a significados culturales y a identidades a través de las cuales las diferencias biológicamente sexuales se convierten en socialmente significativas. El género es visto, no como estructuralmente determinado, pero como un producto de las acciones de mujeres y hombres bajo condiciones históricamente específicas. Más que a una característica individual, el género se refiere a las relaciones sociales entre el hombre y la mujer que moldean la identidad personal (Laslett y Brenner, 1989:382).¹³

Tercer consenso emergente

Las mujeres comparten una condición social opresiva por el hecho de vivir en una sociedad estructurada patriarcalmente y dentro de una cultura que la legitima de manera permanente. Sin embargo, la opresión que vive cada mujer manifiesta variaciones y diferencias importantes relacionadas con la clase social de pertenencia y al lugar que ocupa dentro de la estructura desigual de oportunidades.

En una sociedad que convierte a las desigualdades de clase en el basamento de su organización central, la manera en cómo los sujetos se insertan en la producción y distribución de la riqueza social determina la estructura de opciones dentro de la cual los individuos construyen sus proyectos de vida y ejercen sus voluntades personales. Y al revés, en el ejercicio de sus voluntades personales y en la construcción de sus proyectos de vida los sujetos crean y recrean las estructuras de opciones y sus determinaciones, así como su propia inserción en la producción y distribución de la riqueza social.

El reconocimiento de que es a través del análisis de la relación entre acción y estructura en donde se puede descifrar el juego, la dinámica y la dirección de la multiplicidad de determinaciones la encontramos reflejada, por ejemplo, en los trabajos de Anthony Giddens cuando se refiere al concepto de dualidad como una característica, como una cualidad propia de la estructura social:

La estructura social es a la vez medio y producto de la conducta que constante y repetidamente organiza; las propiedades estructurales de los siste-

¹³ La traducción es mía.

mas sociales no existen fuera de la acción sino están crónicamente implicadas en su producción y reproducción (1984:374).¹⁴

No es únicamente el enfrentamiento de las acciones de las personas (ya sea como individuos o como grupos) con la estructura social o los constreñimientos que la estructura social ejerce sobre las posibilidades de acción de la persona, sino también la necesidad de entender que los diversos sistemas de diferenciación social, como la clase, el género, la etnicidad, la raza, la generación, tienen un efecto de mediación en la conformación del vínculo que el individuo establece con la sociedad: tanto la acción como el constreñimiento social, pasan por, o mejor aún, son ejercidos a través del tamiz de la articulación de estos sistemas de diferenciación.

La reflexión acerca del género como sistema de diferenciación productor de desigualdades sociales arriba a un terreno donde el debate en las sociedades de nuestra era es candente, tanto en el frente teórico como en el metodológico.

La preocupación analítica no ha provenido solamente de la tradición basada en el pensamiento marxista, sino también de la que se inspira en la sociología weberiana (Compton, 1989). Una discusión que ilustra la larga historia y la cantidad de pensadores involucrados, así como los avances y las actuales búsquedas en esta área, es la que se ha establecido entre las dos escuelas de pensamiento a través de los trabajos de Eric Olin Wright, por un lado, y los de John H. Goldthorpe, por otro (Baxter, 1988; Crompton, 1989).

Entre esos esfuerzos de investigación, los que se han interesado por estudiar la clase como entidad económica, social e histórica (posición objetiva de clase), así como de la potencial o real capacidad que encierra o tiene para propiciar quiebres, disrupciones y transformaciones en la sociedad (conciencia de clase o posición subjetiva de clase), han generado un amplio espectro de movimientos en el orden de lo académico: desde importantes reconsideraciones teóricas hasta proposiciones específicas de operacionalización para el análisis desde lo empírico (Baxter, Knudsen, 1988).

Sin embargo y, de alguna manera, independientemente de cómo se resuelvan las divergencias en el área de qué tipo de resultados producirá el debate, para la bibliografía preocupada en estudiar el género, el problema central es la ausencia, o si se prefiere la falta de inclusividad del análisis sobre las formas de diferenciación genérica (Ortner y Whitehead,

¹⁴ Citado en Crompton (1989:567). La traducción es mía.

1981; Acker, 1988; Fraser, 1989). Aunque el argumento inicial es relativamente sencillo (no puede analizarse la diferenciación por la vía de la clase social ignorando la presencia de otros sistemas que coexisten con éste), las consecuencias del señalamiento y la crítica han provocado profundas reconsideraciones sociológicas sobre los posibles vínculos entre los distintos sistemas de diferenciación social.¹⁵

Sin importar cuán reales y potentes puedan ser las distinciones de clase, son históricamente más recientes que las categorías reproductivas de género y generación y son de alguna manera más superficiales. La generación y el género son categorías que dividen a las unidades domésticas, a las clases sociales y a las sociedades en su conjunto. Las clases sociales, por su parte, dividen a las sociedades en su conjunto *pero no dividen a las unidades domésticas* (Robertson, 1991:102).¹⁶

Una vez que se reconoce que además de la clase social, existen otros sistemas que distinguen, separan y producen formas de extrañamiento y de desigualdad de oportunidades en el curso de vida de los individuos, las preguntas que se tienen que encarar son complejas de contestar: ¿la clase y el género son sistemas que coexisten en un tiempo histórico determinado, pero que fundamentalmente son paralelos? Pero, ¿y si realmente no son sistemas paralelos, qué tipo de relación tienen; es general y por tanto podemos encontrarlos vinculados en todos los espacios y las dimensiones de la sociedad o es más bien específica y, por tanto, sólo se relacionan bajo ciertas condiciones histórico espaciales? Más aún, ¿realmente estamos frente a un encuentro entre dos sistemas o es que su vínculo es más bien una completa articulación? Finalmente, si la respuesta a la anterior pregunta fuese afirmativa, ¿qué tipo de articulación tienen; cómo es que se ha modificado a lo largo del tiempo y, cómo esperamos que se comporte frente al fenómeno de las actuales reestructuraciones políticas y sociales?¹⁷

¹⁵ Los trabajos de Joan Acker, de Nancy Fraser y de Linda Nicholson destacan por su claro sentido propositivo y su fortaleza teórica.

¹⁶ Esta última afirmación debe contrastarse y enriquecerse con el debate desarrollado, desde principios de los años ochenta, en el campo de la sociología de la familia entre neoweberianos y feministas, suscitado a partir del concepto de *cross-class families*, acuñado por Britten y Heath, quienes argumentaron la existencia de unidades domésticas compuestas por diferentes clases sociales (véase Baxter, 1988). La traducción de la cita es mía; las cursivas son del original.

¹⁷ La misma serie de preguntas no sólo puede, sino debe ser formulada para la investigación de las vinculaciones con otros sistemas de diferenciación social (la edad a través de la generación; la raza y la etnicidad).

Las respuestas que, de manera separada, nos ofrecen Linda Nicholson (1986), Joan Acker (1988), Nancy Fraser (1989) y Rosemary Crompton (1989), sugieren que:

a) Deben superarse la discusión y la perspectiva que analiza al género y a la clase a través de la teoría de las “esferas duales” (capitalismo y patriarcalismo), porque fundamentalmente se asume que sus existencias son paralelas y con ello se niega, por tanto, la posibilidad de encontrar y estudiar las formas específicas y generales de vinculación.

b) El sistema de clases y el de diferenciación genérica están no sólo relacionados, sino articulados complejamente, a tal grado que se propone además de la idea de “generización” de los sistemas de diferenciación social, incluso la de estructura de género/clase como una manera de comenzar a reconceptualizar la propia teoría acerca de las clases sociales.

c) Establecer una crítica fundamental al término patriarcalismo, para poder superarlo y de ser posible abandonarlo como expresión para nombrar a las organizaciones sociales que oprimen a la mujer y favorecen al hombre. El argumento central es que la bibliografía que ha pretendido demostrar la existencia del patriarcalismo como sistema que compite con el capitalismo y que incluso se erige como modo de producción relativamente autónomo, ha fracasado y, en cambio, aquella que se ha dedicado al análisis de la relación entre los géneros y del género como sistema de diferenciación, ha tenido mejor éxito conceptual y empírico. En todo caso, la propuesta es hablar de régimen genérico.

Para los efectos de este trabajo importa, en este momento, destacar que con la inclusión del análisis clasista o de la vivencia diferencial por efecto de la estructura desigual de la sociedad, se genera el reconocimiento de que las mujeres, a pesar de compartir una misma opresión genérica, no pueden compartir la misma experiencia de opresión porque la clase a la cual pertenecen las distingue vivencialmente en lo material y en lo imaginario.¹⁸ Es la misma lógica opresiva pero su manera de realización se ajusta a los matices de las formas materiales, discursivas y simbólicas, en cómo cada grupo participa en la reproducción social y en la reproducción de los grandes paradigmas culturales de la sociedad.

¹⁸ Una interesante síntesis de la discusión sobre las implicaciones que para el feminismo como movimiento político, tuvo el hecho de reconocer que las diferencias por clase social eran importantes, puede encontrarse en A. Saarienn, 1988.

Propuesta emergente en busca de un cuarto consenso

Las mujeres construyen su identidad genérica con base en factores vivenciales comunes y en experiencias simbólicas que comparten. El análisis de la naturaleza y la relación entre estos elementos fundamentales nos permite reconocer que existen patrones en el proceso de estructuración de la identidad de género que no dependen de la adscripción de clase, aunque se encuentran inevitablemente afectados por ella.

Como punto de partida, Kathleen Gerson (1986) en su libro *Hard Choices*, establece un diálogo crítico con la producción feminista que se ha centrado en el estudio comparativo de los géneros. Aceptando de manera abierta y clara que este tipo de trabajos han contribuido, de manera importante, a desentrañar el carácter de las diferenciaciones sobre las cuales está basada la específica relación de poder intergenérica, señala, a la vez, que se han obviado las grandes diferencias que existen al interior del género femenino.

Esta orientación prevista o imprevista ha tenido algunas consecuencias "perversas" que vale la pena mencionar. La primera de ellas está relacionada con la lógica del análisis. El hecho de concentrar la atención en las diferencias femenino-masculinas provoca un reconocimiento implícito, pero a veces incluso explícito, de la necesidad de establecer una "suerte de guerra argumentativa" para comprobar que un sexo es mejor, más hábil, con mejores atributos para sobrevivir, para desarrollarse que el otro. Esta lógica, que pretende demostrar la superioridad de alguno de los géneros,¹⁹ en realidad no está en oposición a la que ha trabajado para corroborar las raíces naturales del sistema de diferenciación construido sobre la diferencia sexual. El centro nodal es que con esa posición, en vez de alejarse, se subordina al procedimiento, a los conceptos y a las categorías del análisis biologizado de las diferencias entre el hombre y la mujer. Acaba, de esta forma, reduciendo su espectro analítico y convirtiéndose en un complemento de la concepción hegemónica, por desconocer al género como una construcción social (Gerson, 1985; Mitchell, 1986; Dimen, 1986;²⁰ Nicholson, 1986; Tong, 1989).

La segunda de ellas se vincula al problema de la tendencia a la generalización sobre la condición genérica. Es histórica y políticamente comprensible que el descubrimiento de que la mujer es un sujeto oprimido dentro de todos y cada uno de los sistemas de diferenciación social,

¹⁹ Aunque el esfuerzo implique articular un juicio científico en favor de las mujeres y por encima de los hombres.

²⁰ Por su abundancia y riqueza analítica, vale la pena consultar la bibliografía comentada que se encuentra hacia el final de este libro.

tuviera que pasar por la necesidad de reconocer primero, enfatizar y consolidar conceptualmente después, el conjunto de similitudes entre todas las mujeres, antes que tratar de estudiar las diferencias (Mitchell, 1986; Saarinen, 1988). Sin embargo, muy pocas y pocos investigadores vieron a la perspectiva generalizadora como un primer paso en la explicación de la condición social de la mujer y de la relación entre los géneros. Un importante conjunto de trabajos se quedaron estacionados en este nivel de abstracción y, de esa forma, obstaculizaron la transición hacia el espacio analítico de la diversidad (Delmar, 1986; Saarinen, 1988).

El problema es que una vez obtenida la fortaleza ideológica, generada por el estudio y reconocimiento de lo general, es decir, de lo que comparten las mujeres, es necesario (y el argumento es pensando desde la perspectiva de lo académico y, también, desde lo político) investigar lo que las mujeres no comparten, porque es ahí donde tenemos la posibilidad de encontrar los engranajes más finos de la reproducción social, cultural y simbólica de la relación de poder entre el hombre y la mujer.

El debate que produjo la incorporación de la categoría de clase social, de estructura desigual de oportunidades o de sistemas de diferenciación, puede interpretarse como la primera ruptura con la generalización como método y el primer esfuerzo en la ruta del estudio de la diferencia intragenérica. La discusión actual sobre la construcción de la identidad de género y sus implicaciones sociales representa la segunda ruptura y el segundo esfuerzo en esa dirección.

Delineando el perfil de la investigación contenida en su libro, Gerson logra exponer con claridad y justicia algunos de los puntos que convergen con la argumentación aquí expresada:

Al examinar las diferencias entre las mujeres, este estudio las visualiza (o conceptualiza) no como miembros de un grupo homogéneo, sino de la misma manera en que las ciencias sociales siempre han visualizado a los hombres: como individuos localizados en diferentes contextos sociales quienes traen a sus situaciones una diversidad de recursos y grados de poder. Al examinar los procesos de negociación *entre* la mujer y el hombre, este estudio no conceptualiza a la mujer separada del hombre por un abismo temperamental infranqueable, sino como actores sociales motivados por similares procesos y fuerzas, pero respondiendo a diferentes dilemas y constreñimientos (1985:xiv).²¹

Desde el punto de vista de una historia social de las ideas, cuya forma de exposición ha sido adoptada en este trabajo, hacia mediados de la

²¹ La traducción es mía; las cursivas son del texto original.

década de los ochenta y hasta nuestros días, siguen apareciendo una serie de estudios, que aunque guiados por diferentes motivaciones teóricas y metodológicas, contribuyen de manera decisiva a la construcción de una sociología de la identidad de género. Entre los trabajos que conozco quisiera mencionar, en orden cronológico, a un grupo de ellos que por presentar ciertas características en común, permiten reconocer en sus búsquedas y resultados una serie de coincidencias y encuentros:

1. Betsy Wering (1984), *The Ideology of Motherhood: A Study of Sidney Suburban Mothers*.
2. Teresita de Barbieri (1984), *Mujeres y vida cotidiana*.
3. Kathleen Gerson (1985), *Hard Choices. How Women decide about Work, Career, and Motherhood*.
4. Teresa Valdés (1988), *Venid, benditas de mi padre. Las pobladoras, sus rutinas y sus sueños*.
5. Marcela Lagarde (1990), *El cautiverio de las mujeres: madrepasas, monjas, putas, presas y locas*.
6. Brígida García y Orlandina de Oliveira (1991), *Maternidad y trabajo en México*.

Basándose en diferentes experiencias empíricas y en trabajos de campo realizados en distintos países, teniendo diversas trayectorias lógicas y diseños de investigación, partiendo de diferentes premisas teóricas y escuelas de pensamiento, e incluso arribando a distintas conclusiones, todos estos trabajos²² encuentran en el curso de sus investigaciones elementos básicos y centrales (muchos que comparten, otros que son más bien de orden complementario) que apuntan hacia el conocimiento de cómo es que las mujeres construyen su identidad de género.²³

Explícitamente articulado o incorporado de manera implícita, todos estos trabajos me parece que plantean desde sus diseños hasta sus resultados una búsqueda cognoscitiva: la explicación de la intersección entre la dimensión de la pertenencia (compartir una condición de género) y la

²² Algunos señalarían que a este conjunto se le debiera agregar el libro de Mary Georgina Boulton (1983). Sin embargo, me parece que por el diseño de la investigación, el estudio no permite reconocer diferencias intragenéricas, más allá de las ofrecidas por la comparación entre dos grupos sociales con diferente clase de adscripción. El problema es que la autora, al homogeneizar cada uno de sus grupos sociales, perdió la posibilidad de descubrir procesos intraclase en la constitución y percepción de la maternidad.

²³ Aunque la perspectiva es distinta y, en el sentido del estudio de las dimensiones sociales su contribución es menor, otros trabajos que se han preocupado por la temática de la identidad genérica, pero que han viajado más desde el terreno de la psicología o del psicoanálisis hacia el antropológico o sociológico son: Irene Fast (1984); Roy F. Baumeister (1986); Muriel Dimen (1986); Ruthellen Josselson (1987); Rachel T. Hare-Mustin y Jeanne Mareck (eds.) (1990); Tamsin E. Lorraine (1990).

de la desigualdad social (estructura de clases y de opciones). A excepción del libro de Lagarde, donde el concepto de clase social está utilizado más como referente teórico (distinción entre opresión y explotación) que como ruta para el análisis de la diferencia entre las mujeres,²⁴ todas las demás investigaciones la utilizan como categoría por razones metodológicas, en el sentido de establecer comparaciones entre diferentes grupos sociales, pero también porque se hipotetiza que la manera en cómo cada mujer vive su condición y resuelve sus problemas de identidad, presenta importantes diferencias de acuerdo con lugar que se ocupa en el sistema de diferenciación por clase social.

La gran convergencia, sin embargo, se desarrolla una vez que se ha detectado y estudiado la intersección entre pertenencia y desigualdad. Sí, por supuesto que es un proceso que comienza deliberando sobre la diferencia intragenérica y que conduce al análisis de la estructura de clases, pero es en el estudio de la diferencia en la intersección de las dos dimensiones donde se produce la serie de descubrimientos analíticos que tienen que ver con la identidad de género. Lo paradójico es que al estudiar la diferencia, los descubrimientos nos hablan más de lo que comparten las mujeres que de lo no compartido, pero ahora, entendido a través del terreno del extrañamiento que produce el ejercer la voluntad al interior de un marco de opciones profundamente apartado por la estructura de clases. Al estudiar la diferencia en la compleja intersección entre género y clase, descubrimos nuevamente un mundo de similitudes que nos acercan, o si se prefiere, nos regresan conceptualmente a la dimensión de la pertenencia genérica, pero desde el lugar de la edificación de la identidad.

Podría argumentarse que la resignificación del concepto de identidad ha estado fuertemente ligada a la evaluación crítica de la razón moderna y de la modernidad en la filosofía y en las ciencias sociales (Habermas, 1990; Giddens, 1991). En su proceso (de resignificación) han participado muchos, pero definitivas han sido las contribuciones de George Herbert Mead y su impacto sobre la sociología fenomenológica, la interaccionista simbólica y, en general, sobre la psicología social (Habermas, 1990), así como la de Erick Erikson y su herencia para algunas corrientes en el psicoanálisis, la psicología profunda y también la social (Roland, 1979; Jacobson-Widding, 1983; Yardley y Honess, 1987). Lo que vale la pena destacar no es sólo que el concepto de identidad haya

²⁴ Por ejemplo, hubiera sido sumamente interesante que en su estudio de los prototipos sociales (madresposa, monja, puta, presa y loca) nos permitiera entender cómo es que la condición de clase opera para generar diferencias en el proceso de creación, introyección y reproducción de lo simbólico.

sufrido una transformación de sus significados, sino que además se propició el establecimiento definitivo de vínculos con la dimensión de lo social y con los mecanismos de la formación de la conciencia y las representaciones colectivas (en el tenor durkheimiano) (Lukes, 1972).²⁵

Identidad dejó de entenderse como un proceso que solamente ocurría y formaba parte del mundo de la personalidad y el carácter; permitió abandonar las descripciones dicotómicas entre la "persona individual" y la "persona social"; en términos de la formación de la identidad, se reconoció que había un sinnúmero de mecanismos de introyección y recreación de conjuntos simbólicos que eran compartidos en la "exterioridad social"; identidad, entonces, se convirtió en un problema que tenía que pasar por la explicación del "ser parte de", o en otras palabras, por el estudio del fenómeno de la pertenencia social.

Pero Robert Stoller (1968), médico psiquiatra y su grupo de investigación, son los primeros en hablar de identidad de género. Sin embargo, desde el mismo prefacio de su ya clásico texto nos advierte que aunque el tipo de estudios que hace son (o eran) reconocidos bajo ese título temático, en realidad el sitio que ocupaba dentro del proyecto académico era bajo el rubro de "término de trabajo". Las dificultades teóricas, que Stoller percibía, tanto en la definición de género como en la de identidad, fueron suficientes para crear dentro de su empresa intelectual una actitud cautelosa frente a los retos que identidad de género pudiera significar. Efectivamente, a pesar de que es el primero que introduce el término en la bibliografía especializada, la importancia de su trabajo radica más en la contribución que hizo a la conceptualización de género como construcción social que al esclarecimiento teórico de la identidad de género como tal.

Si bien es cierto que el análisis de las dimensiones sociales de los procesos de formación de la identidad está todavía por consolidarse, la bibliografía sobre el género, en cambio, ya muestra una madurez incuestionable por el doble efecto del desarrollo de la perspectiva que, centralmente, comenzó a partir del cuestionamiento feminista, pero también por la legitimidad que se ha ganado en el transcurso de esa labor. De tal suerte, podemos pensar que ya estamos en condiciones de recuperar las preocupaciones de Stoller y enfrentar los retos que él tuvo que eludir en relación con el estudio de la identidad de género.

²⁵ En su estudio histórico, biográfico y crítico sobre la obra de Durkheim, Steven Lukes efectúa una relectura sobre los conceptos tanto de conciencia colectiva como de representaciones colectivas y la propone como ruta para entender los nexos teóricos entre persona, cultura y sociedad, que interesantemente coinciden en puntos importantes con la revisión que realiza el propio Habermas (1990).

Lejos de tratar de imponer un sello conclusivo a la labor de investigación, al debate sobre el tema, la proposición de esta nota crítica es realizar una lectura de lo que he denominado “encuentros cognoscitivos” (del conjunto de trabajos publicados desde mediados de los años ochenta hasta nuestros días y con las cualidades antes señaladas), como reales convergencias teórico-metodológicas y hallazgos comunes. En ese sentido, sugiero las siguientes consideraciones como perspectiva analítica para la estructuración de esos hallazgos:

Son tres los ejes que definen la identidad de género de las mujeres:

- a) La *maternidad* y el ser madre.²⁶
- b) El *matrimonio* o la unión y el ser esposa o compañera.²⁷
- c) El *trabajo* o la profesión y el ser trabajadora o profesionalista.²⁸

La identidad de género de las mujeres en un tiempo y en un espacio históricamente determinado, es producto de articulaciones específicas de estos tres ejes. Es la manera en cómo se percibe, se valora, se introyecta y se vive simbólica y factualmente cada una de estas esferas, lo que produce la resolución de la identidad en cada mujer.

²⁶ Una buena cantidad de bibliografía norteamericana y europea han comprobado la importancia que tiene el distinguir entre maternidad y el ser madre (*motherhood and mothering*), no sólo por el hecho de capturar diferentes terrenos analíticos y momentos del curso de vida, sino también porque las respuestas que las mujeres dan y sus propias percepciones distinguen con cierta claridad las dos formas. En particular me parece importante la diferenciación porque señala, a la vez, la dimensión de lo simbólico y de lo factual. Un ejemplo de la discusión puede encontrarse en los trabajos de Nancy Chodorow (1978 y 1989). A su vez, la distinción teórica es mantenida y hecha incluso metodológica en las investigaciones de Wearing (1984 y 1990), de Gerson (1985) y de García y De Oliveira (1991).

²⁷ La inclusión de los segundos términos (unión y compañera) obedece a la necesidad de aclarar que el proceso no sólo ocurre dentro de lo legalmente sancionado o socialmente validado. Aquí también, como en el primer eje, resulta muy relevante el doble énfasis en lo simbólico y en lo factual.

²⁸ Los conceptos no están haciendo referencia únicamente a la labor asalariada o remunerada. Se le está otorgando inclusividad teórica no sólo al trabajo “extradoméstico” sin remuneración sino también al que se realiza dentro de los confines de la unidad doméstica, esté o no vinculado a procesos productivos “externos”, (véase De Barbieri 1984, para un debate completo). Asimismo, la contraposición entre trabajo productivo y trabajo improductivo sólo tiene sentido aquí cuando es convertido en calificativo simbólico de las labores que realiza la mujer. Nuevamente, en este eje como en los demás, quiere hacerse patente y al mismo tiempo, tanto la esfera simbólica como la factual. Por su parte, la distinción entre trabajo y profesión (*work and career*) y las consecuencias que tiene en los proyectos, las experiencias y las percepciones de las mujeres es sólidamente investigada, captada y argumentada en Gerson (1985) y también en García y De Oliveira (1991). Aunque no tan claramente elaborada, la diferencia puede rastrearse hasta el año de 1979 en la compilación pionera de Alan Roland y Barbara Harris, donde aparece teóricamente discutida en relación con la identidad.

La identidad de género se construye fundamentalmente con base en un proceso de orden simbólico. No es el hecho de ser madre lo que define la existencia de la maternidad como símbolo, con difusión inter e intraclase, en una sociedad, que es introyectado y asumido en forma de destino manifiesto o como bosquejo de futuro anhelado; es la sempiterna presencia imaginaria del ser madre (o de la posibilidad de serlo) lo que proporciona a la mujer su fuerza estructuradora, lo que le permite ser apropiada como uno de los ejes organizadores del género. Los símbolos tienen la virtud de convertir la experiencia individual en experiencia social (también es cierto al revés) y de esa manera generar las condiciones mínimas de la pertenencia, por el efecto de compartir lo que otras (otros) sienten, desean, viven, planean. Así, identificarse con una imagen es a la vez participar en su conformación, en su validación, en su reafirmación: aquello que se reconoce y valida "externamente" y en lo cual me veo, me palpo, me reconozco, es de hecho o se convierte en parte de mí. De la misma manera, el definirse por contraposición a una imagen socialmente existente (por diferencia o negación), significa participar en su legitimación; así, por ejemplo, desaparecida la imagen social también desaparece todo aquello que se define por oposición a ella. Las mujeres son madres de niñas y de viejas, en la adolescencia y en la adultez; las mujeres son madres de sus madres e hijas de sus hijas; las mujeres son madres incluso sin tener hijos.

Los ejes conceptuales que aquí se están proponiendo no entran en acción como elementos estructuradores de la identidad de género sólo en el momento de su aparición empírica, sino que siempre están presentes porque son formas sociales que guían y delimitan la conducta, perfilan y evalúan las formas de actuar y de esa manera participan en la definición de lo que es "propio" genéricamente; participan como símbolos que describen y designan, organizan y acomodan, nombran y califican con todo detalle lo que significa el ser mujer.

Como ejes simbólicos, no dependen de que los eventos ocurran, aun cuando aparecen, se modifica la articulación entre ellos y la relación entre la propia mujer y cada una de las dimensiones del género. Desde el punto de vista histórico-temporal, la propuesta implica que los ejes sobre los cuales se construye la identidad permanecen desde el nacimiento hasta la muerte. La especificidad de su desarrollo consiste en que en el curso de su vida la mujer, y en función del ejercicio de su voluntad individual, la articulación entre ellos se modifica y recompone, produciendo constantes cambios en su manifestación grupal, comunitaria y social.

Desde esta perspectiva, no es que haya una etapa específica en la vida donde necesariamente se termina de resolver la identidad genérica; no es que la posibilidad de completar la construcción de la identidad sea

factible solamente a partir del momento en que ya se vivieron cada una de estas dimensiones (cuando se es madre, compañera, trabajadora). No hay una etapa en la cual las mujeres finalizan el proceso de consolidación de su identidad de género. Lo que se estructura en etapas, no es la resolución sino, en todo caso, las modificaciones que la identidad sufre en función de las experiencias que cada mujer vive, incorpora, valora, simboliza. Desde los párvulos hasta la senectud, todas las mujeres viven un proceso continuo de rearticulaciones de las dimensiones centrales de su identidad de género.

A partir de la unicidad de la personalidad y el carácter, las mujeres comparten el hecho de construir su identidad de género con base en estos tres ejes. Cuando se habla de articulación de los ejes, no necesariamente se piensa en la figura retórica de un engranaje bien aceitado que hace pacífica la coexistencia entre ellos. En la articulación particular de una época y a lo largo de las permanentes rearticulaciones del curso de vida, los ejes compiten entre sí, entran en conflictos por hegemonizar la identidad o incluso caen en intentos por anularse. Hay momentos y hay mujeres capaces de articular sin negar, articular sin abandonar, articular sin disolver. Pero hay mujeres y hay momentos donde sólo es posible descifrar y rescatar la identidad por la vía de la negación, el abandono y la disolución. Se sufren permanentes reacomodos a lo largo de la vida: se es o no madre, se es o no esposa, se es o no trabajadora. Se experimentan disyuntivas que empujan a elecciones contrapuestas: se es madre y esposa o se es trabajadora-profesionista, se es esposa o se es madre (madres solteras por la imposibilidad de encontrar una pareja), se es trabajadora doméstica no asalariada (mujeres en las cuales recae la responsabilidad de la reproducción doméstica), siendo esposa y madre, o se redefine el cómo ser esposa y madre. Se recompone y modifica la correlación de fuerzas entre los ejes o el predominio de una de las dimensiones sobre las demás: para asegurar el "éxito como profesionista" se asume el costo de no tener una pareja estable e hijos; para tener una familia integrada y estable se opta por una participación laboral cíclica e inestable; para retener a la pareja se sacrifican los planes laborales y hasta los maternales. Se replantea la manera de enfatizar y de decidir: ¿si ser madre y esposa implica vivir para y en función del compañero y los hijos, cuando se decide hacerlo para sí misma es necesario abandonar el matrimonio y la maternidad?, ¿es acaso una opción entre la bondad y la maldad, entre la capacidad de sacrificio y la posibilidad de la autosuficiencia, entre la entrega y el egoísmo?, ¿lo que define a mi pareja y a mis hijos me niega a mí, lo que me define a mí los niega a ellos?

Así, la identidad genérica no se resuelve de una vez y para siempre. Como ocurre con otras formaciones de otros terrenos sociales, la identi-

dad se estructura por medio de un proceso permanente y continuo. No es lineal ni acumulativa, sino que está sujeta a constantes transformaciones; a constantes cambios de curso. Además, algo que debe enfatizarse de manera reiterativa es que las rupturas y las redefiniciones son parte sustantiva del proceso, debido a la permanente tensión entre el ejercicio de la voluntad individual y los constreñimientos económicos, sociales, políticos, culturales y simbólicos.

Finalmente, el orden de los ejes no es, de ninguna manera, fortuito. Aun en los países donde las tasas de fecundidad han estado por debajo del nivel de remplazo, la bibliografía parecería sostener que la maternidad sigue siendo primordial en la estructura de la identidad. A su vez, si el matrimonio ocupa definitivamente el segundo sitio en importancia, podría estar sujeto a alguna discusión sobre todo en países de muy alta participación femenina en el mercado laboral. Pero a ese razonamiento puede contraponerse la argumentación de que mientras la maternidad y el ser madre sigan constituyéndose en los elementos centrales para la mayoría de las mujeres, el matrimonio o la formación de pareja le seguirá en importancia. Es más, en el análisis de Lagarde (1990), que está enraizado en la experiencia mexicana (pero de muchas maneras también en la latinoamericana), ella prefiere utilizar el concepto de madrespasa, tal vez para enfatizar el hecho de que son las dos formas fusionadas las que entran en juego. Reforzando el punto, Valdés (1988) encuentra que con frecuencia inusitada las mujeres se refieren al matrimonio como vehículo para ser madres (tipo ideal donde predomina lo natural), o como pieza central para la formación y cohesión de una familia (tipo ideal donde predomina lo social), es decir, la pareja es concebida no como un fin en sí mismo sino instrumentalmente para conseguir arribar e instalarse en los sitios donde, privilegiadamente, se define la mujer "como tal".

Perfil de algunos elementos para discutir futuras propuestas emergentes

Las diferentes formas como la mujer construye su identidad genérica están estrechamente vinculadas a la definición social de su ser y de su cuerpo: como un ser-de-otros y como un cuerpo-para-otros.

La reproducción global y las posibilidades reales de desarticulación del actual sistema genérico de diferenciación social, así como de los microsistemas y las microculturas de reproducción específica, son una constante preocupación implícita en los estudios que han descubierto cómo es que se comportan algunos de los elementos que intervienen en la construcción de la identidad de género.

En uno de los renglones está el debate entre las autoras que le otorgan un importante peso a la socialización para explicar la transmisión de la ideología y las conductas "patriarcales", por la vía de la relación madre-hija, como Chodorow (1978 y 1989) y también Lagarde (1990) que utiliza los argumentos de Nancy Friday (1981) y Victoria Sau (1981), y las autoras que, en cambio, relativizan este análisis porque lo encuentran estrechamente determinista al asumir que el mecanismo es universal y homogéneo, como lo hace Gerson (1985). Si la socialización es o no un proceso importante durante la infancia de los individuos, no es ello lo que se somete a discusión, es decir, no se está elaborando una crítica a la teoría de la socialización *per se* (Cook-Gumpertz, 1983), sino a las formas de interpretación y de aplicación de sus postulados fundamentales en el análisis sociológico de la relación entre el hombre y la mujer. El debate, entonces, reside en la capacidad que se le puede o debe atribuir al proceso de enseñanza, comunicación, introyección y aprendizaje, en esos primeros años de vida, para explicar la reproducción de los contenidos centrales del sistema de diferenciación que pasa por la condición de género.

En otro de los renglones, tenemos el análisis de los grupos específicos que no se someten a la norma "patriarcal" e incluso de aquellos que pueden considerarse como disruptores o transformadores de los hábitos, costumbres y concepciones en lo doméstico, pero también en lo laboral. Por ejemplo, en el trabajo de Gerson (1985) encontramos que es el grupo de mujeres quienes deciden combinar (o acaban combinando) la maternidad y el trabajo como carrera profesional, donde se resquebrajan las formas concretas de reproducción de las asignaciones genéricas de actividades y espacios vitales. En Valdés (1988), estas características pueden ser halladas en el tipo ideal con predominio de lo individual, que agruparía a las mujeres que trabajan por la realización de sus propios planes antes que anteponer la dedicación total a los otros (a la familia, a la pareja, a los hijos). En la investigación de García y De Oliveira (1991), las mujeres que son capaces de eslabonar el ser madre y el trabajo como carrera y, a la vez, que presentan una mayor preocupación por el desarrollo personal, tanto en los sectores medios como en los populares, son las que podrían ser ubicadas como las disruptoras de la normatividad y la organización simbólica en lo doméstico, en lo comunitario y en lo social. Detrás de esta búsqueda subyace la pregunta acerca de la existencia y la formación de los agentes del cambio.

Otra área de interés la constituyen los debates que recortan el problema por el lado del análisis de la relación entre hombre y mujer como relación de poder multidimensional. Realmente lo novedoso no es la perspectiva, que se remonta en este siglo probablemente hasta principios de

la década de los sesenta, sino la manera en cómo se está enfrentando el estudio y el tipo de preguntas que se están elaborando. Por un lado se discute, se cuestiona y se recupera la riqueza analítica y crítica de la microfísica foucaultiana (Fraser, 1989),²⁹ por ejemplo entendiendo que cada dimensión específica donde se realizan las relaciones y se ejercen los poderes tiene su propio universo explicativo y por ello requiere de esfuerzos, también específicos, para poder desentrañar y descifrar la naturaleza de sus lógicas: desde la actividad político-pública hasta los rincones afectivos de lo inconsciente, desde el mercado laboral hasta la sexualidad, desde las instituciones burocráticas hasta los consultorios psicoanalíticos, en cada espacio de representación social debe descubrirse lo que se produce y reproduce, lo que se teje, desteje y entreteje, lo que se deposita, arriesga y apuesta, así como el tipo de vinculaciones que se establecen en otros espacios. Por otro lado, la evidente necesidad de relativizar la concepción que visualiza (o visualizaba) a la relación de poder como un ejercicio vertical, unilateral e incuestionable,³⁰ aunada a las indagaciones acerca de la naturaleza ambivalente, metamorfósica y multifacética de las formas de intercambio emocional y erótico entre los géneros hacen que entendamos que la relación entre el hombre y la mujer en lo laboral, en lo profesional, en la amistad y en la pareja se presente y manifieste como una relación de poder no sólo singular, sino particularmente compleja de entender (Sayers, 1986; Josselson, 1987). El aceptar que el análisis de la relación, desde este recorte teórico, tiene que pasar por reconocer la existencia factual y simbólica de profundos vínculos afectivos de dependencia, permiten preguntarse, por ejemplo: ¿en qué medida la construcción de la identidad de género de la mujer está engranada consustancialmente con la del hombre?, ¿hasta qué punto la identidad genérica del hombre depende de la identidad genérica de la mujer, de la misma forma en que su lugar social de poder depende de la definición del lugar social de la mujer como el de no-poder? y de manera complementaria, ¿qué tipo de poder es el que la mujer ejerce desde su lugar social del no-poder?

Finalmente, apoyándose fuertemente en las deliberaciones psicoanalíticas de Franca Basaglia (1985), me parece que algunas propuestas teóricas ofrecidas por Marcela Lagarde, no sólo deben tomarse con extrema

²⁹ Adicionalmente, el diálogo crítico que se ha establecido entre feministas norteamericanas y francesas resulta excepcionalmente ilustrativo del tipo de disputas teóricas; véase N. Fraser y Sandra Lee Bartky (eds.) (1992), *Revaluing French Feminism: Critical Essays on Difference, Agency and Culture*, Bloomington, Indiana University Press.

³⁰ Por ejemplo, la bibliografía de las llamadas feministas radicales producida en el primer quinquenio de los años setenta (Tong, 1989).

seriedad, sino incluso utilizarse como material que permita la elaboración de investigaciones sociológicas que exploren, en el terreno de la diversidad genérica, la vinculación entre reproducción social y orden simbólico:

Todas las mujeres están cautivadas de su cuerpo-para-otros, procreador y erótico, y de su ser-de-otros, vivido como necesidad de establecer relaciones de dependencia vital y de sometimiento al poder y a los otros. Todas las mujeres, en el bien o en el mal, definidas por la norma, son políticamente inferiores a los hombres y entre ellas. Por su ser-de y para-otros, se definen filosóficamente como entes incompletos, como territorios, dispuestas a ser ocupadas y dominadas por los otros en el mundo patriarcal (1990:24).

Ninguno de los debates concernientes a la construcción de la identidad genérica están resueltos. La discusión acerca de los ejes que la conforman; de cómo se producen las articulaciones de estos ejes; de la cantidad de formas que podemos encontrar y de los patrones que podemos reconocer; de la manera en cómo cambian a través del tiempo y de la capacidad relativa que tiene cada mujer de transformarlos y con ello su propia identidad; todas, absolutamente todas estas discusiones están abiertas. Los hallazgos que en esta nota crítica se han sugerido nos representan rutas de trabajo y de reflexión; habrá que madurarlas colectivamente.

Recibido en agosto de 1992

Correspondencia: Department of Sociology and Population Research Center/
University of Texas at Austin/ 1800 Main Building, Austin, Texas 78712/ USA.

Bibliografía

- Acker, Joan (1988), "Class, Gender, and the Relations of Distribution", en *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, 13(3).
- Appiah, Anthony (1990), "But would that Still be me? Notes on Gender, Race, Ethnicity as Sources of Identity", en *The Journal of Philosophy*, 87(10).
- Badinter, Elizabeth (1981), *¿Existe el amor maternal?*, Barcelona, Paidós.
- Basaglia Ongaro, Franca y Dora Kanoussi (1985), *Mujer, locura y sociedad*, Puebla, Universidad Autónoma de Puebla.
- Baster, Janeen (1988), "Gender and Class Analysis: The Position of Women in the Class Structure", en *The Australian and New Zealand Journal of Sociology*, 24(1).
- Baumeister, Roy F. (1986), *Identity: Cultural Change and the Struggle for Self*, Nueva York, Oxford University Press.

- Boulton, Mary Georgina (1983), *On Being a Mother. A Study of Women with Pre-School Children*, Nueva York, Tavistock Publications.
- _____ (1989), *Feminism and Psychoanalytic Theory*, New Have, Yale University Press.
- Collier, Jane Fishburne y Sylvia Junko Yanagisako (1987a), "Introduction" en Jane Fishburne Collier y Sylvia Junko Yanagisako (eds.), *Gender and Kinship. Essays toward a Unified Analysis*, Stanford, Stanford University Press.
- _____ (1987b), "Toward a Unified Analysis of Gender and Kinship", en Jane Fishburne Collier y Sylvia Junko Yanagisako (eds.), *Gender and Kinship. Essays toward a Unified Analysis*, Stanford, Stanford University Press.
- Cook-Guperz, Jenny (1983), "Socialization, Social Identity, and Discourse", en Anita Jacobson-Widding (ed.), *Identity: Personal and Socio-Cultural*, Uppsala, Almqvist & Wilsell.
- Crompton, Rosemay (1989), "Class Theory and Gender", en *The British Journal of Sociology*.
- Chodorow, Nancy (1978), *The Reproduction of Mothering: Psychoanalysis and Sociology of Gender*, Berkeley, University of California Press.
- De Barbieri, Teresita (1991), "Los ámbitos de acción de las mujeres", en *Revista Mexicana de Sociología*, 53(1).
- _____ (1984), *Mujeres y vida cotidiana*, México, Fondo de Cultura Económica SepOchentas.
- Delmar, Rosalind (1986), "What is Feminism?", en Juliet Mitchell y Ann Oakley (eds.), *What is Feminism? A Re-Examination*, Nueva York, Pantheon Books.
- Dimen, Muriel (1986), *Surviving Sexual Contradictions. A Startling and Different Look at a Day in the Life of a Contemporary Professional Woman*, Nueva York, MacMillan Publishing Company.
- Fast, Irene (1984), *Gender Identity: a Differentiation Model*, Hillsdale, Analytic Press.
- Ferree, Myra Marx y Beth B. Hess (1987), "Introduction", en Beth B. Hess y Myra Marx Ferree (eds.), *Analyzing Gender. A Handbook of Social Science Research*, Newbury Park, Sage Publications, Inc.
- Firestone, Shulamith (1970), *The Dialectic of Sex. The Case for Feminist Revolution*, Nueva York, Bantam Books.
- Fraser, Nancy (1989), *Unruly Practices. Power, Discourse and Gender in Contemporary Social Theory*, Minneapolis, University of Minnesota Press.
- Freeman, Jo (1984), "The Women's Liberation Movement: It's Origins, Structure, Activities, and Ideas", en Jo Freeman (ed.), *Women. A Feminist Perspective*, Palo Alto, Mayfield Publishing Company.
- Friday, N. (1981), *Mi madre/yo misma*, Barcelona, Argos Vergara.
- García, Brígida y Orlandina de Oliveira (1991), *Maternidad y trabajo en México: una aproximación microsocia*, México, El Colegio de México, mimeografiado.
- Gerson, Kathleen (1985), *Hard Choices. How Women decide about Work, Career, and Motherhood*, Berkeley, University of California Press.

- Habermas, Jürgen (1990), *The Theory of Communicative Action*, vol. 2. *Lifeworld and System: A Critique of Functionalist Reason*, Boston, Beacon.
- Hanisch, Carol (1969), "The Personal is Political", en *Notes from the Second Year*, Nueva York, Radical Feminist.
- Hare-Mustin, Rachel T. y Jeanne Mareck (eds.) (1990), *Making a Difference: Psychology and the Construction of Gender*, New Haven, Yale University Press.
- Hole, Judith y Ellen Levine (1984), "The First Feminist", en Jo Freeman (ed.), *Women. A Feminist Perspective*, Palo Alto, Mayfield Publishing Company.
- Jacobson-Widding, Anita (ed.) (1983), *Identity: Personal and Socio-Cultural*, Uppsala, Almqvist & Wilsell.
- Josselson, Ruthellen (1987), *Finding Werself Pathways to Identity Development in Women*, San Francisco, Jossey-Bass.
- Knudsen, Knud (1988), "Class Identification in Norway: Explanatory Factors and Life-Cycle Differences. (Research Note)", en *Acta Sociológica. Journal of the Scandinavian Sociological Association*, 31(1).
- Lagarde, Marcela (1990), *El cautiverio de las mujeres: madresposas, monjas, putas y locas*, México, UNAM.
- Lamas, Marta (1986), "La antropología feminista y la categoría 'género' ", en *Nueva Antropología*, VIII(30).
- Laslett, Barbara y Johanna Brenner (1989), "Gender and the Social Reproduction: Historical Perspectives", en *Annual Review of Sociology*, 15.
- Lorraine, Tamsin E. (1990), *Gender Identity, and the Production of Meaning*, Boulder, Westview Press.
- Lugones, María C. (1990), "Structure/Antistructure and Agency under Oppression", en *The Journal of Philosophy*, 87(10).
- Lukes, Steven (1927), *Emile Durkheim: his Life and Work; a Historical and Critical Study*, Nueva York, Harper and Row.
- Millett, Kate (1970), *Sexual Politics*, Garden Doubleday & Company, Inc.
- Mitchell, Juliet (1986), "Reflections on Twenty Years of Feminism", en Juliet Mitchell y Ann Oakley (eds.), *What is Feminism? A Re-Examination*, Nueva York, Pantheon Books.
- y Ann Oakley (1986), "Introduction", en Juliet Mitchell y Ann Oakley (eds.), *What is Feminism? A Re-Examinations*, Nueva York, Pantheon Books.
- Nicholson, Linda J. (1986), *Gender and History. The Limits of Social Theory in the Age of the Family*, Nueva York, Columbia University Press.
- Ortner, Sherry B. y Harry Whitehead (1981), "Introduction: Accounting for Sexual Meanings", en Sherry B. Ortner y Harry Whitehead (eds.), *Sexual Meanings: The Cultural Construction of Gender and Sexuality*, Nueva York, Cambridge University Press.
- Polkinghorne, Donald (1983), *Methodology for the Human Sciences*, Albany, State University of New York Press.
- Robertson, A.F. (1991), *Beyond the Family. The social Organization of Human Reproduction*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press.
- Roland, Alan (1979), "Identity as an Orienting Concept", en Alan Roland y

- Barbara Harris (eds.), *Career and Motherhood. Struggles for a New Identity*, Nueva York, Human Sciences Press.
- _____ y Barbara Harris (eds.) (1979), *Career and Motherhood. Struggles for a New Identity*, Nueva York, Human Sciences Press.
- Rosaldo, Michelle Zimbalist (1980), "The Use and Abuse in Anthropology: Reflections on Feminism and Cross-Cultural Understanding", en *Signs*, 5(3).
- Rubin, Gayle (1975), "The Traffic of Women: Notes on the 'Political Economy' of Sex", en Rayna R. Reiter (ed.), *Toward an Anthropology of Women*, Nueva York, Montly Review Press. [Hay versión en español en *Nueva Antropología* núm. 30.]
- Saarinen, Aino (1988), "Feminist Research: in Search of a New Paradigm", en *Acta Sociológica. Journal of the Scandinavian Sociological Association*, 31(1).
- Sau, V. (1981), *Un diccionario feminista*, Barcelona.
- Sayers, Janet (1986), *Sexual Contradictions. Psychology, Icoria. Psychoanalysis, and Feminism*, Londres, Tavistock Publications.
- Stoller, Robert (1968), *Sex and Gender. On the Development of Masculinity and Femininity*, Nueva York, Science House.
- Tilly, Charles (1984), *Big Structures, Large Processes, Huge Comparisons*, Nueva York, Russell Sage Foundation.
- Tong, Rosemarie (1989), *Feminist thought. A Comprehensive Introduction*, Boulder, Westview Press.
- Valdés, Teresa (1988), *Venid, benditas de mi padre. Las pobladoras, sus rutinas y sus sueños*, Santiago de Chile, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales.
- Wearing, Betsy (1990), "Beyond the Ideology of Motherhood: Leisure as Resistance", en *The Australian and New Zealand Journal of Sociology*, 26(1).
- _____ (1984), *The Ideology of Motherhood. A Study of Sydney Suburban Mothers*, Sydney, George Allen & Unwin.
- Yardley, Krysia y Terry Honess (eds.) (1987), *Self and Identity: Psychosocial Perspectives*, Chichester, John Wiley & Sons.